2913

El Chaleco blanco

EL CHALECO BLANCO

GRAN ARCHIVO MUSICAL Y CAPISTERIA
DE
ARREGUI Y ARUEJ

EDITORES

GREDA, 15, MADRID

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los países con los cuales haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados de la Administración Lírico-dramática de DON EDUARDO HIDALGO, son los encargados exclusivamente del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

EL CHALECO BLANCO

EPISODIO CÓMICO-LÍRICO EN UN ACTO

DIVIDIDO EN DOS CUADROS Y UN INTERMEDIO, EN PROSA,

ORIGINAL DE

MIGUEL RAMOS CARRIÓN

MÚSICA DEL

MAESTRO CHUECA

Estrenado en el TEATRO FELIPE el 26 de Junio de 1890

SEGUNDA EDICIÓN

ARCHIVO DE MÚSICA Y CENTRO DE COPISTERIA DE RAMOS HUERTAS Y C.

JULIO CORONA BERCHUIER

COMPRA Y VENTA DE COMEDIAS 22, ABADA, 22 LIBRERÍA MADRID

MADRID

R. VELASCO, IMPRESOR, RUBIO, 20

1891

REPARTO

PERSONAJES DE LA ACCIÓN

TECLA	SRTA.	ALBA (L.)
DOÑA CASTA	SRA.	VIDAL.
ROSA	SRTA.	ALBA (I.)
PEREZ	SR.	MESEJO (J.)
DAVID		MESEJO (E.)
DON QUINTIN		RODRÍGUEZ.
DON VENTURA		ALBA.

PERSONAJES EPISÓDICOS

EL CABO DE CORNETAS	SRTA.	CAMPOS (L.)
UN PORTERO	SR.	CASTRO.
MUNICIPAL 1.º		JEREZ.
IDEM 2.º		CABA.
EL TIO PEPE		DÍAZ.
LAVANDERA 1.ª	SRTA.	CAMPOS (A.)
IDEM 2.ª		GARCÍA (M.)
IDEM 3.ª		GARCÍA (C.)
UNA PEINADORA		SALVADOR.

Lavanderas, cornetas y bañeros.—Coro general

ARCHIVO DE MÚSICA
Y CENTRO DE COPISTERIA
DE
OLMOS HUERTAS Y C.

Sr. D. José Estremera

Madrid

GIGÓN 1.º DE JULIO DE 1890.

Querido Pepe: Huyendo de ese calor tropical vine á este fresco y delicioso país, que ya conoces, y al enviar el libro de EL CHALECO BLANCO *para que lo impriman, cumplo ante todo la grata obligación, que nos impusimos todos los de la apuesta, de colocar tu nombre en la primera página de la obra. Tengo en ello particularísima y singular satisfacción.*

Aprovecho esta conyutura, como dice el insigne maestro Arrieta señalando intencionadamente una de las de su individuo, para hacer varias aclaraciones.

Acaso alguien las juzgará pueriles, pero tengo la seguridad de que tú has de considerarlas acertadas.

Cuando en plazo fijo y con título forzado escribí esta zarzuela, pensé que la pusiera en música el popular y aplaudidísimo Federico Chueca, á quien tenía prometido un libro hacía mucho tiempo.

Sabía yo que él no se sujetaba á la letra para escribir su música, sino que aplicaba á esta, acomodándose rigurosamente á sus caprichosos ritmos, versos suyos, de contextura especial, de extraña medida; pero llenos siempre de frases hechas, graciosas y típicas, que producen en el público extraordinario regocijo.

Por saber esto pensé no escribir la letra de ninguno de los cantables, que habían de resultar inútiles; pero al mismo tiempo recordé el compromiso, adquirido en la apuesta, de presentar las obras completamente terminadas.

674313

Si la llevaba sin los cantables, ¿qué habríais dicho todos los compañeros? Tengo reputación de perezoso, una de tantas como hay usurpadas, y de seguro hubiérais exclamado á una voz:

—Miguel no ha terminado su obra; el no hacer los cantables, por destinársela á Chueca, no es más que un pretexto: así no se le admite.

Por lo cual los escribí todos, y aun con cierto esmero.

Cogió Chueca el libro, dispúsose á componer la música, y agradándole aquellos, según me dijo, se decidió á poner sus notas sobre mis versos... pero no basta la voluntad más firme para cambiar de pronto la condición de un artista.

Cuando me hizo oir sus alegres melodías, que yo esperaba encontrar acompañadas de mi letra, me sorprendió con la suya, tan genial como la de siempre.

Se había sujetado por completo, eso sí, á las situaciones del libro, lo cual ya es en él inusitado y digno de agradecimiento por mi parte; pero su Musa independiente, no acostumbrada á someterse á la tiranía de la palabra, había volado libre, hablando por su cuenta.

Acepté lo escrito por mi compañero, con ligerísimas correcciones para no quitarle su especial carácter, y ahí tienes, querido Pepe, la razón de que esta zarzuelilla no vaya exactamente igual á como era cuando tuve el gusto de leérosla en tu casa.

Conste, pues, que el único cantable completamente mío es el primero, el que tararea Pérez *mientras limpia las botas; es decir, ¡el que no tiene letra!*

Tuyo siempre, leal compañero y amigo invariable

Miguel Ramos Carrión.

2º Apunte

ACTO ÚNICO

CUADRO PRIMERO

Comedor modestísimo. Dos puertas á cada lado y una al foro. En el centro mesa. Sobre ésta un botijo y dos vasos. En el aparador unos cuantos platos. Seis sillas.

ESCENA PRIMERA

PEREZ, limpiando un par de botas. Sobre la mesa habrá otro par y unos zapatos.

Música

(Pérez, mientras da lustre á la bota, tararea muy alegre, y sólo interrumpe el canto de vez en cuando para echar el aliento con mucha fuerza sobre la bota. Continúa cantando y acaba diciendo en los últimos acordes: «Chín, chín,» dejando la bota y el cepillo sobre la mesa)

Hablado.

¡Válgame Dios, y qué suerte la mía! Esta tarea de limpiar el calzado, en invierno menos mal, porque entra uno en calor; pero en verano hace sudar de un modo horrible.— Y luego, ¿para qué? Para que los dichosos huéspedes se pongan unas botas como espejos y no le digan á uno siquiera: Muy bien,

Pérez, muy bien, esto se llama sacar brillo; está el becerro que parece un sol. Pues nada, todavía hay quien se queja, como don Quintín, diciendo que uso un betún que corta la piel. Los años sí que cortan la piel. Y si no, aquí está la mía para muestra. Pero, claro, estas botas son más viejas que yo. Medias suelas (Examinándolas.) tacones, palas, remonta completa; no queda de las que compró en la zapatería más que los clásticos. Están como su dueño. ¡Pobre señor! Y él se da tono hablando de los destinos que ha tenido y de los que va á tener... Ea, ya están los tres pares de todos los días. (Suena la campanilla.) Allá voy. (Váse tarareando lo de antes.)

ESCENA II

PEREZ y ROSA que trae dos grandes talegos

PÉREZ (Dentro.) ¡Ola, Rosa, buenos días! Pase usted, pase usted. ¡Casta! (Gritando.) Aquí está la lavandera.

CASTA (Dentro.) Voy al momento.

ROSA Deje usted, que no tengo prisá. (Dejando los talegos.) Con su premiso descansaré un poco, que vengo reventá. (Se sienta.) Le digo á usted que no hay cuerpo que resista este trajín de bajar y subir escaleras; cuando llego los lunes al río no sé dónde tengo los piés.

PÉREZ Yo no sé dónde tengo las botas. (Buscándolas.)

ROSA ¿Eh?

PÉREZ Las botas de don Ventura. ¡Ah! sí, aquí están. (Las coge y entra con ellas por la segunda puerta izquierda, saliendo al momento.)

ROSA Desde las cinco de la mañana ando lo mismo que un azacán, de un sitio pa otro, y luego pa descanso estése usted metida en la banca hasta la noche.

PÉREZ Ya, ya. (Acercándose á la primera puerta derecha.) ¿Hay permiso? estará durmiendo como de costumbre. (Entra.)

ROSA ¿Cuándo se volverá la tortilla y seremos ri-

cos los que no tenemos un céntimo? Porque eso tié que suceder el mejor día. ¿No es verdad?

PÉREZ (Saliendo.) ¿Qué es lo que tiene que suceder el mejor día?

ROSA Que seamos ricos usté y yo.

PÉREZ ¡Ah! Sí. Ese sería el día mejor, pero mucho me temo que no llegue.

ROSA Es un dicir. (Riéndose.)

PÉREZ ¿Se puede? (A la primera puerta izquierda.)

QUIN. (Dentro.) ¿Quién es?

PÉREZ Soy yo, con las botas.

QUIN. Adelante. (Entra Pérez.)

ESCENA III

DICHOS y DOÑA CASTA con un lío de ropa, luégo PÉREZ

CASTA Hola, Rosa.

ROSA Buenos días tenga usted.

CASTA ¡Creí que estaba aquí mi esposo, Pérez!

ROSA Ahí ha entrado.

CASTA ¡Pérez!

PÉREZ (Saliendo.) ¿Qué hay?

CASTA ¿Has apuntado todas las prendas?

PÉREZ Sí, ahí está la lista sobre el aparador.

CASTA Pues aquí tiene usted el lío. (A Rosa.)

ROSA (Levantándose.) Venga acá. (Lo mete en uno de los talegos.)

CASTA Y oiga usted, Rosa; hágame el favor de tratar la ropa con más cariño, porque me la trae usted destrozada.

ROSA ¡Señora!..

CASTA Y eso es que echa usted polvos de gas y la abrasa toda.

ROSA Por estas que son cruces la juro á usted que...

CASTA El olor no engaña.

ROSA Jabón y na más que jabón, y mis buenos puños, que gracias á Dios no me faltan, y á restregar contra el banquillo no hay en el río quien me gane.

CASTA Ya se conoce.

ROSA — Es que yo no soy de las que usan pala, ¿sabe usted? y en cada pieza me gasto un cuarterón de lo de Mora, de primera, ¿sabe usted? Blanco como la nieve, ¿sabe usted?

CASTA — Lo que sé es que la ropa dura muy poco.

ROSA — Naturalmente, como que no hace más que ir y venir al río, porque hay poca...

PÉREZ — (¡Muy poca!) (Suspirando.)

CASTA — Si hay poca ó mucha no es cuenta de usted; cada uno tiene la que tiene.

ROSA — Pues mire usted, en ese talego traigo camisas de batista y chambras de encajes que da gloria verlas; en fin, ropa fina, no como la de aquí, y nadie se ha quejao...

CASTA — (Muy incomodada.) Basta de conversación, que tengo prisa. Lo que le digo á usted es que quiero mucha colada, mucha colada, ni más ni menos. Y hemos acabado. (Vase.)

ROSA — No se incomode usted, que no es para tanto. ¡Vaya con la señora!..

PÉREZ — No la haga usted caso, ya sabe usted lo que es...

ROSA — Es que tiene unos prontos...

PÉREZ — Y unos tardes... No se la puede sufrir. Yo la padezco hace veintidós años, desde la Revolución. Cuando me muera voy derechito al martirilogio... San Juan Pérez, esposo y mártir.

ROSA — ¡Pues me gusta! Después que se deja una los puños... (Carga con los talegos.)

PÉREZ — (Ayudándola á cargar con los talegos.) Vaya usted con Dios, vaya usted con Dios, y ya lo ha oido usted; mucha colada, mucha colada y... mucha paciencia.

ROSA — Bien se nesecita pa... aguantar tanto... En fin, abur.

PÉREZ — Adiós, Rosa.

ROSA — ¡Diquia el jueves! ¡Me ha hecho gracia! Decir que echo polvos...

Carmen
Talego 2.º D.

ESCENA IV

PEREZ y luego DOÑA CASTA

PÉREZ ¡Qué ha de echar esta pobre mujer! ¡Manías de Casta, que es atroz!

CASTA ¡Pérez!

PÉREZ ¡Ah! ¿Eres tú?

CASTA (Saliendo con la mantilla puesta y llevando un talego pequeño.) Tenemos que hablar.

PÉREZ (¡Malo!)

CASTA De un asunto grave.

PÉREZ (¡Malísimo! ¿Qué diablura se le habrá ocurrido?) Bien, hablaremos por la calle. ¿No vamos á la compra?

CASTA No; voy yo sola; tú necesitas quedarte en casa.

PÉREZ ¿Pues?

CASTA Ven acá y escucha.

PÉREZ (Tiemblo.) (Se sientan.)

CASTA Vamos á ver, ¿qué te ha hecho pensar la carta de Gregorio que recibimos ayer?

PÉREZ ¿A mí? Pues me ha hecho pensar que cuando llegue su sobrino le cederé mi cama, como siempre que hay otro huésped más, y que yo tendré que irme á dormir á la cocina.

CASTA ¡Eso es todo lo que se te ha ocurrido!

PÉREZ Todo.

CASTA Bien se conoce que no has inventado la pólvora.

PÉREZ Es verdad; y me alegro, porque tendría unos remordimientos horribles.

CASTA ¡Basta!

PÉREZ No chisto más.

CASTA En esa carta nos dice Gregorio que su sobrino Andrés vendrá á Madrid dentro de dos ó tres días.

PÉREZ Eso es.

CASTA Que ha heredado de su padre cinco mil duros.

PÉREZ Justo.

CASTA Y que con ellos proyecta establecerse poniendo un almacén de ultramarinos.

PÉREZ Así dice.

CASTA ¿Y no se te ha ocurrido nada al saber que pronto tendrás un sobrino de nuestro primo, dueño de una gran tienda de comestibles?

PÉREZ ¡Ah! Sí; ahora se me ocurre... (Muy alegre.)

CASTA ¿Qué?

PÉREZ Que comeremos un poco mejor, porque naturalmente...

CASTA Eres un adoquín, por no decirte algo más duro.

PÉREZ Más duro que un adoquín, me parece difícil.

CASTA ¿Te has olvidado de que tenemos una hija?

PÉREZ ¿Cómo he de olvidarlo? Tecla, mi queridísima Tecla; mi único consuelo en este mundo...

CASTA ¿Eh?

PÉREZ Después de tí.

CASTA ¡Ah!—Pues ese almacén de ultramarinos, con dueño y todo, será para ella.

PÉEEZ ¿Cómo?

CASTA Casando á Tecla con Andrés.

PÉREZ Pero...

CASTA Nada, nada; ten la seguridad de que la caso.

PÉREZ Pero...

CASTA El vendrá á vivir con nosotros hasta que encuentre local para su comercio, y como esté aquí una semana siquiera, cae, vaya si cae.

PÉREZ Y Tecla...

CASTA Le querrá, de seguro. Es un hombre joven, activo, emprendedor, no mal parecido, algo coloradote, como de pueblo; pero también tú, cuando te casaste, eras colorado...

PÉREZ Es verdad, y luego me volví maduro.

CASTA La chica transigirá, porque difícilmente podrá presentársele mejor proporción.

PÉREZ Pero... ¿y el músico?

CASTA Que se vaya con la música á otra parte.

PÉREZ Mujer... ¿no hemos autorizado nosotros sus relaciones con la niña?..

CASTA Claro, mientras no había otro, hemos hecho la vista gorda, dejando á la niña que haga tonterías con un huésped; pero eso no significa nada.

PÉREZ Sí, Casta, sí; eso significa, ahora que nadie nos oye, que no tenemos ni pizca de vergüenza. (En voz muy baja.)

CASTA ¡Pérez!

PÉREZ Las cosas así, claras.

CASTA ¿Pero por qué?

PÉREZ Porque ese pobre joven, enamorado de Tecla con toda su alma, vino á la casa con buen fin, dispuesto á casarse, y nos habló, y tú le digiste...

CASTA Le dije: no hay inconveniente en que usted y la niña se quieran y se traten, bajo nuestra exquisita vigilancia; pero no piense usted en casarse mientras no pueda ofrecerle una posición desahogada. Ahora no tiene usted más que lo que le dan por tocar el piano en el café de Talía: total diez reales.

PÉREZ Y un café con tostada.

CASTA Esa no hay que contarla, porque se la come él.

PÉREZ Y los diez reales nos los comemos nosotros.

CASTA Claro, él se alimenta del aire.

PÉREZ Poco menos; le das unos arroces... ¡atroces!

CASTA Lo mismo comen los otros huéspedes, y no se quejan.

PÉREZ Naturalmente: don Ventura, porque es capaz de tragarse la cúpula de San Francisco el Grande, y don Quintín, porque como siempre anda retrasado en el pago tiene que comer lo que le dan.

CASTA (Levantándose.) Bueno, bueno, lo que te digo es que Tecla se casará con el sobrino de Gregorio. Yo ya la hice tragar la píldora.

PÉREZ ¿Se lo has dicho?

CASTA Hace un momento.

PÉREZ ¿Y qué?

CASTA Se echó á llorar.

PÉREZ ¡Pobrecita!

CASTA Luego se encerró en su cuarto y allí está desahogándose.

PÉREZ Tienes el corazón de piedra berroqueña.

CASTA Lo que tengo es práctica y conocimiento del mundo. Cuando me casé comtigo, bien lo sabes, (Suspirando.) estaba enamoradísima de un teniente de caballería, rubio, muy guapo, y siguiendo el consejo de mis padres, te dí mi mano, y no dirás que he vuelto á hablarte una palabra del teniente.

PÉREZ Naturalmente.

CASTA Ni volví á acordarme del santo de su nombre.

PÉREZ Es verdad (Tuve la suerte de que cambiarán la guarnición.)

CASTA La niña se olvidará del músico en cuanto deje de verle.

PÉREZ Lo cual, viviendo en la misma casa, es bastante difícil.

CASTA Por eso no puede permanecer aquí ni un día más.

PÉREZ ¿Qué dices?

CASTA Que hoy mismo hay que ponerle de patitas en la calle. Y por eso no quiero que vayas conmigo á la compra, para que te encargues de despedirle.

PÉREZ ¡Yo!

CASTA Tú, sí, señor; tú, que eres el amo de la casa.

PÉREZ ¿Sí? (No lo había conocido.)

CASTA Hay cosas que no debo yo hacerlas, habiendo aquí un hombre.

PÉREZ Eso es verdad.

CASTA Ahora, en cuanto yo me vaya, entras en su cuarto y le sueltas el toro.

PÉREZ ¡Bonito despertar va á tener el infeliz!

CASTA Le dices... lo que te parezca mejor; el caso es que cuando yo vuelva lo sepa ya.

PÉREZ Pero...

CASTA No digas que no... porque será inútil.

PÉREZ Haré lo que quieras, como siempre. Sin embargo, me parece una locura perder esos diez reales diarios, seguritos, que nos han de hacer falta...

CASTA Si consigo casar á Tecla con Andrés no necesitamos nada y viviremos como unos príncipes.

PÉREZ Como unos príncipes ultramarinos.

CASTA Estoy harta de trabajar y de sufrir á los huéspedes. Ea, me voy á la plaza. No dejes de decírselo ahora mismo; cuanto más pronto se vaya, mejor.

PÉREZ Se lo diré; descuida.

CASTA (Volviéndose desde la puerta.) ¡Ah! ¿cuál fué el plato fuerte del almuerzo de ayer, que no me acuerdo?

PÉREZ Arroz con bacalao.

CASTA Es verdad, sí Y el de anteayer...

PÉREZ Bacalao con arroz.

CASTA Es cierto. Traeré bacalao para ponerlo con patatas.

PÉREZ Eso es; en la variedad está el gusto.

CASTA Hasta luego.

PÉREZ Adiós.

ESCENA V

PEREZ, después DON QUINTIN con un sobrero de copa en la mano y en mangas de camisa.

PÉREZ ¡Y dice que está harta de sufrir á los huéspedes! ¡Ellos sí que están hartos de sufrirla, como yo! ¡Ay, Castá, Casta, tú haces que reniegue de mi casta!

QUIN. ¡Pérez!

PÉREZ ¡Ah! ¿Qué hay, don Quintín?

QUIN. Va usted hacer el favor de poner á calentar una plancha para pasársela á este sombrero.

PÉREZ Ahora mismo; pero me parece que por mucho que se la pase usted...

QUIN. Quedará flamante.

PÉREZ Bueno, bueno.

QUIN. Es un sombrero de primera; vea usted, de Guevara.

PÉREZ Sí; ya veo. Guevara. Pariente de usted, sin duda.

QUIN. (Incomodado.) Oiga usted, el sombrerero no es Ladrón.

PÉREZ Hombre, yo no he dicho... ni he querido ofenderle.

QUIN. No es Ladrón de Guevara como yo.

PÉREZ Sí, sí, yo he visto las tarjetas de usted con el escudo...

QUIN. Hay otros Ladrones ilustres también...

PÉREZ ¡Ya lo creo! Algunos robando mucho...

QUIN. No es eso, hombre; me refiero á los Ladrones de Cegama, otra familia también nobilísima, pero á la cual la mía no cede en brillo.

PÉREZ Pues voy por la plancha para que se lo saque usted al sombrero. (Anda, date lustre.) (Vase segunda derecha.)

ESCENA VI

DON QUINTIN, después PEREZ

QUIN. ¿Habrá vuelto ya don Ventura? (Acercándose á la puerta segunda izquierda.) ¡No se le oye! Temo preguntar... estoy inquieto. ¡Si sospecharan algo! ¡Que un hombre de mi linaje, como dicen en aquella comedia, descienda á estos recursos para ocultar su situación! Pero por este medio me presentaré siquiera dignamente. El sombrero también quedará regularcillo. Con un poco de tinta ocultaré esta rozadura. La forma no está mal. Lo compré hace diez años, y ha vuelto la moda de entonces.

PÉREZ Ya está la plancha puesta á la lumbre.

QUIN. Bien, Pérez, bien; si, como espero, el Ministro me da hoy la credencial, yo recompensaré con largueza los servicios de usted. (Dándose tono.)

PÉREZ Muchas gracias. Yo me alegraré mucho de que al fin le den ese empleo, porque de esa manera pagará usted las dos mensualidades...

QUIN. (Incomodadísimo.) Ya sé que son dos; no necesito que nadie me lo recuerde.

PÉREZ No; si yo no me meto en esas cosas; pero mi mujer me tiene frito, diciéndome á todas horas ¡aprieta á don Quintín, aprieta á

don Quintín. Y demasiado sabe usted que yo no le aprieto.

QUINT. Por eso corresponderé á sus atenciones como merece. Para la una estoy citado con el Ministro. Vea usted, vea usted el B. L. M. (Sacándolo de un bolsillo del pantalón.)

PÉREZ (Leyendo.) «El Ministro de Ultramar B. L. M. al señor don Quintín Ladrón de Guevara y tiene el gusto de participarle que le recibirá el lunes á la una de la tarde en su despacho.» ¡Caramba! Pues es verdad.

QUINT. ¿Lo dudaba usted? (Ofendido.)

PÉREZ No, no, sino que como otras veces...

QUINT. Me espera á la una. (Con mucha importancia.)

PÉREZ ¿Y diga usted, don Quintín, va usted á ver á S. E. con el chaquet de todos los días?...

QUINT. (Si sospechará este hombre...) Esa pregunta es una inconveniencia. (Muy incomodado.)

PÉREZ Usted dispense...

QUINT. Sabe usted demasiado que si no me compro ropa hace algún tiempo es porque luego no había de servirme en Cuba y prefiero hacérmela más á propósito para el clima de aquellos países... Pero mi primo el Marqués me proporciona la que necesito cuando llega una ocasión como la de hoy.

PÉREZ Ya, ya; entonces no digo nada.

QUINT. Vea usted si está ya caliente la plancha, que quiero marcharme al momento.

PÉREZ ¿No almorzará usted en casa?

QUINT. No; almorzaré con el Ministro.

PÉREZ ¿Sí? (Qué más quisieras.) ¿De modo que hoy no bajará usted, como de costumbre, á bañarse al río?

QUINT. Sí; que me tengan dispuesta la sábana. Bajaré á la tarde, cuando haya hecho la digestión. No puedo suspender los baños; el médico los considera indispensables. Treinta por lo menos...

PÉREZ Claro, los necesita usted para refrescar la sangre; como tiene usted ese genio tan vivo y tan... tan... (insufrible.)

QUINT. Pérez, cada uno tiene su temperamento.

PÉREZ Es verdad. Yo estoy contento con el mío:

no me altero por nada. (Pues si me alterase, me habría muerto hace muchos años.) Voy por la plancha.

ESCENA VII

DON QUINTÍN, luego TECLA, después PÉREZ

QUINT. Este Pérez es una buena persona. Cuando pueda le protegeré.

TECLA Buenos días, don Quintín.

QUINT. Hola, Teclita, ¿qué es eso? ¿Ha llorado usted?

TECLA No señor, no; es que... he estado picando cebolletas para el almuerzo. (Sollozando fuerte.)

QUINT. ¡Ah! (No la conmueven poco á esta muchacha las cebolletas.) (Entra en su cuarto.)

TECLA ¡Qué desgraciada soy, Dios mío! (Se sienta y llora.)

PÉREZ Aquí está ya la plancha. ¡Ah, hija mía! ¿Y don Quintín?

TECLA En su cuarto.

PÉREZ Salgo al momento y hablaremos. ¿Se puede?

QUINT. Adelante. (Entra y sale al momento.)

TECLA ¡Yo me voy á morir de pena! ¡Ay! ¡David, David! ¿Qué vas á decir cuando lo sepas?

ESCENA VIII

TECLA Y PÉREZ

PÉREZ Teclita, hija mía, no llores.

TECLA ¡Ay, papá, que desgaciada soy!

PÉREZ Lo sé todo: no me digas una palabra. Tu madre lo ha decidido y no hay más remedio que callar...

TECLA ¿Pero, papá, usted que es tan bueno... por qué no le hace comprender?...

PÉREZ ¡Imposible! Pero no te desesperes. ¡Quién sabe si ese proyecto no se realizará! Hasta ahora no pasa de ser un deseo de tu madre... Acaso venga ese Andrés y no logre cazarlo.

TECLA ¿Cómo?

PÉREZ Casarlo.

TECLA Si lo peor es que mamá no quiere que David siga viviendo con nosotros.

PÉREZ Me ha encargado de decírselo antes de que ella vuelva de la compra. Quiere que á todo trance hoy mismo abandone esta casa. Y yo, la verdad, no sé cómo enterarle al pobre muchacho... No sirvo para estas cosas, vamos. Decirle márchese usted á un joven que paga tan puntualmente y que es tan amable y tan servicial...

TECLA ¡Y tan guapo!

PÉREZ Pues, hija, no hay más remedio que comunicárselo inmediatamente.

TEECLA ¡Qué ajeno estará de lo que le espera!

PÉREZ Oye, Teclita, casi es mejor que le hagas tú saber lo que sucede... Llámale y dile... Dile... En fin, á tí se te ocurrirá lo que has de decirle... Entre vosotros hay más confianza y más... ¿No te parece?

TECLA ¡Papá, qué bueno es usted! (Abrazándole.)

PEREZ Habla con él antes de que vuelva tu madre.

TECLA Bueno, se lo diré poco á poco... si no es capaz de morirse.

PEREZ ¿Morirse?

TECLA Sí, señor, sí; le conozco bien.

PEREZ Pues díselo como mejor te parezca. Yo estaré por ahí al cuidado. Anda, llama.

TECLA Secaré mis lágrimas... y le prepararé para el golpe. (Se acerca á la primera puerta derecha y da tres golpecitos.)

ESCENA IX

TECLA, DAVID, dentro. PÉREZ al foro y asomando la cabeza por la puerta, entre las cortinas, cada vez que habla

Música

TECLA ¡David!

DAVID ¿Quién llama?

TECLA Soy Tecla.

DAVID ¡Teclita!

TECLA ¿Estas todavía en la cama?
DAVID Teclita.
TECLA ¿Qué quieres?
DAVID Bendita tú eres
entre todas las mujeres.
En seguida me levanto.
TECLA ¡Anda pronto!... ¡date prisa!
DAVID ¡Caracoles! ¡Si no encuentro,
por más vueltas que estoy dando, la camisa.
PEREZ (¡Pobrecito! ¡Si él supiera!...)
TECLA ¡Pero, corre, por favor!
DAVID ¿Es acaso que tu madre ha fallecido?
PEREZ (¡Por desgracia, no, señor!)

—

DAVID ¡Vida mía!
TECLA ¡Remolón!
DAVID ¡Ay, Teclita de mi alma,
cómo me hace *tipi tipi* el corazón!
PEREZ ¡Pero, hija, date prisa,
que tu madre va á venir!
TECLA ¡Pero, padre!... ¿Pero, sales?
DAVID ¡Caracoles!
TECLA ¡Caracolas!
PEREZ ¡Caca!...
DAVID ¡Pum! Ya estoy aquí.

—

TECLA Tengo mucho que contarte.
DAVID Mucho tengo también yo.
TECLA No será como lo mío.
De seguro.
DAVID ¿Por qué no?
¿Es acaso, Tecla mía,
que te cansa ya mi amor?
TECLA ¡No lo digas, ni aún en broma!
¡Mono!
DAVID ¡Mona!
PEREZ (¡Ay, Jesús; cuánta monada!
¡Vaya por Dios!)
DAVID ¡Tecla!... ¡Teclita!...
No puedo ya vivir sin tí.
TECLA (¡Cómo le digo
que lo echan de aquí!)

DAVID — Deja que un beso
en tu manita estampe yo.
PÉREZ — (Tecla, de fijo,
le dice que no.)

—

TECLA — En la mano, lo permito.
DAVID — ¡Ay, qué gusto que me da! (Besándola.)
TECLA — ¡Suelta, suelta; que haces daño!
DAVID — Otro solo.
TECLA — Basta ya.
DAVID — De que yo te llame esposa,
¿cuándo el día llegará?
TECLA — Temo que no va á ser pronto. (Sollozando.)
DAVID — ¡Tonta!
TECLA — ¡Tonto!
PÉREZ — (¡Esto sí que es tontería
para un papá!)
DAVID — ¡Cuánto te quiero!
TECLA — ¡Cuánto te adoro!
DAVID — Tú eres mi vida.
TECLA — Mi vida es tu amor.
DAVID — Tú eres mi estrella.
TECLA — Tú mi cielito.
PÉREZ — (Y yo un borrégo
de marca mayor.)
DAVID — Quiéreme siempre.
TECLA — Nunca me olvides.
DAVID — ¡Tecla adorada!
TECLA — ¡Querido David!
DAVID — ¡Ay, dulce prenda!
TECLA — ¡Ay, prenda amada!
DAVID — ¡Ay, mi vidita!
LOS DOS — Tú me haces feliz.

—

DAVID — Quiero estar siempre á tu lado.
TECLA — Eso quiero también yo;
pero mucho estoy temiendo
que no pueda.
DAVID — ¿Por qué no?
De tu lado, Tecla mía,
nadie me separará.
TECLA — Eso es todo mi deseo.

DAVID ¡Fea!
TECLA ¡Feo!
PÉREZ (¡Eso, luego, doña Casta
os lo dirá!)

—

LOS DOS ¡Oh, qué dulce placer,
ser marido y mujer!
PÉREZ (Aún más dulce es gozar
el placer de enviudar.)
DAVID Díme Teclita que sí.
TECLA No me separo de tí.
LOS DOS ¡Qué bien estamos así!
PÉREZ Yo ya me marcho de aquí. (Vase.)
DAVID Un beso más.
TECLA ¡No!
DAVID ¡Sí!

Hablado

DAVID ¡Tecla de mi corazón! ¡Cuándo llegará el día en que pueda decirte: basta de amor platónico; basta de miraditas y suspiros, y vamos á la Vicaría!
TECLA ¡Ay, David!
DAVID ¡Qué felices seremos entonces! Porque hemos nacido el uno para el otro; es decir, para la otra; mejor dicho, para esta.
TECLA Desgraciadamente...
DAVID ¿Qué? ¿Hay que esperar? Esperaremos. Los días nos parecerán siglos, pero al fin y al cabo tú serás mía, mía. Hasta tu nombre indica el esposo que debe tocarte en suerte: Tecla, á tí tenía que tocarte un pianista.
TECLA Sí, es verdad, soy Tecla, pero de las negras; tengo muy mala sombra.
DAVID ¿A qué viene esa aflicción? Confía como yo en lo porvenir, y sé dichosa con la esperanza.
TECLA (¿Y quién le dice ahora...?)
DAVID Si hoy no tengo nada que ofrecerte más que un amor sin límites, porque mi sueldo del café y lo poco que gano dando lecciones, apenas basta para mis necesidades, maña-

na... ¡quién sabe! A tí te consta que yo no tengo ningún vicio: ni bebo, ni juego, ni fumo, ni... nada; pero todos mis ahorros me los gasto en la lotería, y el corazón me dice que he de agarrar el premio gordo. ¡Ya que tanto toco, á ver si me toca!

TECLA Sí, pero...

DAVID No me quites las ilusiones. Día llegará en que yo pueda decir al dueño del café: quede usted con Dios, ignorante; ya no toco más la jota de los *ratas*, ni el tango del *Certamen nacional;* me dedico á mis clásicos y á componer todas las fantasías que tengo aquí. Porque mi especialidad son las fantasías.

TECLA Ya lo veo.

DAVID Pero, dale al público del café de Talía música delicada.... ¡Imposible! Anoche, sin ir más lejos, toqué por vez primera esa composición que te hice oir pocos días hace, *El nido de los ruiseñores*. ¿Recuerdas? Aquella que hace... (Tararea un poco.—De pronto.) Pues aquel auditorio de imbéciles se quedó como si nada hubiera oído. Sólo un caballero que tomaba café en un rincón, aplaudía con toda su alma desde que empecé. Yo, me levanté conmovido, me acerqué á él, y le dije:—¡Gracias, caballero, gracias; usted es el único que me ha comprendido!... Lo que no comprendo es lo descuidado que está el servicio en este café,—me contestó;—hace media hora que estoy inútilmente llamando al mozo.—Y siguió dando palmadas. Excuso decirte cómo me quedaría. ¡Qué decepción para un artista sensible!

TECLA (¡Vamos; que no sé cómo decírselo!)

DAVID Pero yo no me desanimo por tan poco. Ayer empecé una nueva composición sobre motivos de *Norma*. Voy á dedicársela á tu mamá; como se llama Casta, y el tema es *Casta diva,* yo creo que es oportuno y que ha de agradecérmelo. ¿No te parece?

TECLA No, David, no; mamá no merece que tú le dediques nada. (Echándose á llorar.)

DAVID ¿Eh? ¿Qué es eso?

TECLA ¡No puedo más!

DAVID ¿Qué pasa? ¿Tal vez se opone á nuestras relaciones? ¡No en balde la notaba yo hace algunos días seria y desabrida conmigo!

TECLA ¡Ay, David, qué desdichados somos!

DAVID ¡Habla, por Dios!

TECLA Sí; oye, oye.

DAVID Dí pronto.

TECLA Mi mamá tiene un primo que se llama Gregorio, y que vive en Valdecabritos. (Llorando.)

DAVID Bien, ¿y qué?

TECLA Y este primo tiene un sobrino joven...(Llorando más.)

DAVID Continúa.

TECLA Y este sobrino joven ha heredado de su padre cinco mil duros. (Llorando mucho más fuerte.)

DAVID Pero ese no es motivo para que llores de esa manera.

TECLA Y viene á Madrid para poner un almacén de comestibles, y mi mamá se empeña en que me case con él.

DAVID ¿Qué dices? ¿Casarte con un almacén de comestibles? Digo, con un...

ESCENA X

DICHOS y PÉREZ

PÉREZ ¡Sí, amigo David; por desgracia es cierto!

DAVID Pero, señor de Pérez...

PÉREZ No me diga usted nada, soy el primero en lamentarlo; usted es un joven simpático y decente...

DAVID ¡Pero, esto es imposible!

PÉREZ Casta se ha empeñado, y usted ya sabe lo que es Casta cuando se empeña.

DAVID Sin embargo, usted se opondrá con energía.

PÉREZ Oiga usted. (Llevándosele aparte de Tecla.) Cuando en un matrimonio la mujer se pone los pantalones, el marido, naturalmente, se queda en calzoncillos; y así, en ropas menores, no se tiene energía, ni dignidad... ni nada. Eso me pasa á mí.

DAVID ¡Tecla, yo no me separo de tu lado! (Yendo hacia ella.)

TECLA ¡Ay, David! no hay otro remedio.

PÉREZ Hoy mismo tiene usted que dejar la habitación para el otro, que llega mañana. Casta no quiere que le encuentre á usted aquí de ninguna manera. Así nos lo ha dicho.

DAVID ¡Pero esto es una crueldad!

PÉREZ Tiene cinco mil duros, amigo mío, y usted no tiene nada, y el mundo es así. (Campanilla.) ¡Ay, llaman! ¡Será mi mujer! ¡Por Dios, vaya usted á su cuarto, y tú allá dentro, que no os encuentre aquí. (Vase.)

DAVID ¡Tecla, júrame que no serás esposa del joven de Valdecabritos!

TECLA Yo te lo juro

DAVID Con eso me basta. (Entra en su cuarto.)

TECLA ¡Nunca te olvidaré, nunca! (Vase por la segunda derecha.)

ESCENA XI

DON QUINTIN, luego PEREZ y DON VENTURA (muy gordo) DON QUINTIN (con sobretodo claro y sombrero de copa.)

QUIN. No hay nadie; ahora puedo salir sin que me vean. ¡Ah! (Apenas aparece á la puerta de su cuarto oye á don Ventura y entra apresuradamente, cerrando la puerta.)

VENT. (Dentro.) Pérez, que dispongan el almuerzo, (Entrando) porque traigo un apetito feroz.

PÉREZ No esperará usted mucho. Casta ya hace tiempo que se fué á la compra y volverá pronto.

VENT. (Sentándose y abanicándose con el sombrero.) Hace un calorcito, que ya ya. Salí de casa á las cinco de la mañana...

PÉREZ Le oí á usted levantarse.

VENT. En la buñolería de la esquina me comí tres docenas de buñuelos con una copita de aguardiente...

PÉREZ Muy bien.

VENT. Luego me fuí al Retiro, dí la vuelta grande,

dos veces, y bebí seis vasos de agua en la fuente de la Salud.

PÉREZ — Eso es muy saludable; encima de los buñuelos, sobre todo.

VENT. — A mí no me hace daño nada. Tengo un estómago especial.

PÉREZ — (Por eso sigue viviendo aquí.)

VENT. — A las nueve entré en la vaquería y me tomé un vaso grande de leche con una ensaimada, y luego...

PÉREZ — ¿Qué tomó usted?

VENT. — El paseo de los coches hasta el Angel caído. A la sombra de los árboles está hermoso aquello. Lo malo es que al volver se coge una solana espantosa. Así vengo de sofocado. (Bufando.) Pero con un apetito... yo verá usted cómo almuerzo, ya verá usted. Como un buitre. Yo soy así.

PÉREZ — (Y así está así.)

VENT. — Ahora voy á mudarme de traje, porque como hoy no hay oficina, aprovecharé el día haciendo algunas visitas que tengo atrasadas. Conque, avíseme usted cuando esté el almuerzo, ¿eh?

PÉREZ — Sí, señor, sí.

VENT. — ¡Ut! ¡Qué calorazo! (Entra en su cuarto.)

PÉREZ — ¿Por dónde andará Tecla? ¡Pobrecita! Voy á hacerle unas cuantas reflexiones. (Vase.)

ESCENA XII

DON QUINTIN, que asoma por la puerta la cabeza, Se cerciora de que no hay nadie y sale por el foro precipitadamente. Poco después se oye la voz de Casta.

CASTA — Vaya usted con Dios, don Quintín, vaya usted con Dios. Creí que me atropellaba. ¿A dónde irá ese hombre tan de prisa y con el cuello subido con el calor que hace? (Deja sobre la mesa el talego, que trae lleno, y se quita la mantilla mientras habla.)

DAVID — ¡Doña Casta! (Deteniéndose. Sale con sombrero hongo.)

CASTA ¡Hola! ¿Qué hay?

DAVID Demasiado sabe usted lo que hay. (Muy triste.)

CASTA ¡Ah, vamos! Pérez le ha dicho á usted...

DAVID Todo, señora, todo.

CASTA Pues excuso decirle á usted nada. Necesito libre esa habitación.

DAVID Ahora mismo voy á buscar otra.

CASTA Me parece bien; pero no corría tanta prisa. Basta con tenerla desocupada para la noche. Puede usted almorzar antes de marcharse.

DAVID ¡Almorzar! ¿Usted cree que puedo yo almorzar? Señora, ¡tengo aquí un nudo!

CASTA Ya lo veo, el de la corbata.

DAVID No, el de dentro es mucho más apretado.

CASTA Pues, aflójelo usted.

DAVID Imposible.

CASTA Pues, déjeme usted en paz, vaya con Dios y olvide á la muchacha.

DAVID ¡Eso no!

CASTA Bueno, pues no la olvide usted.

DAVID Aunque nos separe un abismo, seguiremos amándonos.

CASTA ¡Bah, bah! tonterías.

DAVID Señora, usted no tiene corazón.

CASTA Lo que yo no tengo es gana de hablar. Ya he dicho bastante.

DAVID Ha dicho usted demasiado. Adiós, doña Casta; adiós para siempre.

CASTA Hombre, ¿no va usted á volver por la ropa?

DAVID No, me falta valor para ver otra vez á Tecla. Tome usted la llave, métalo todo en el baul, y ya enviaré un mozo para recogerlo. ¡Adiós, Tecla mía! ¡Adiós, adiós!... (Vase llorando.)

ESCENA XIII

DOÑA CASTA, luego PEREZ

CASTA No le ha hecho poco efecto mi resolución. Casi he estado á punto de enternecerme. ¡Bah! antes de dos meses ni él se acuerda ya

de ella ni ella de él. Sin embargo... ella... Nosotras somos más sensibles. Aunque yo diga á Pérez otra cosa, aún recuerdo mi teniente de Farnesio con las charreteras y el chascás...

PÉREZ (Que ha entrado despacio y llega hasta ella.) ¿Se fué ya el músico?

CASTA Sí, ya se fué. (Muy brusca.) Pon la mesa, que voy á preparar el almuerzo.

ESCENA XIV

DICHOS, DON VENTURA en mangas de camisa

VENT. ¡Pérez!

PÉREZ ¿Qué hay, don Ventura?

VENT. ¿Ha cogido usted de mi cuarto la levita que estaba colgada en la percha?

PÉREZ Yo no.

CASTA Ni yo tampoco.

VENT. Pues no está. He revuelto todos los trastos de la habitación, y no parece.

CASTA Búsquela usted bien.

VENT. Es inútil; tengo la seguridad de que no está.

CASTA ¿Y quién puede habérsela llevado?

VENT. ¡Eso digo yo!

PÉREZ ¡Calle! ¿Don Quintín ha salido de casa?

CASTA Sí, cuando yo entraba salía él.

PÉREZ ¡Qué sospecha!

CASTA ¿Qué?

PÉREZ Le ví salir esta mañana muy temprano de su cuarto de usted, y parece que se recataba al encontrarme.

VENT. ¡Pero, hombre, ha de haberse atrevido!...

PÉREZ Como hoy estaba citado con el ministro de Ultramar, y no tiene ropa negra...

CASTA De seguro ha sido él quien se la ha llevado. Por eso iba con el cuello del sobretodo muy subido.

VENT. Pues, francamente, no me hace gracia que se tome esas libertades. (Sin mucho enojo.)

PÉREZ Claro que no está bien.

CASTA Ni medio bien (Incomodadísima.)

VENT. Y sobre todo...

CASTA ¡Ah! ¿el sobretodo también era de usted?

VENT. No; digo, que, sobre todo, podía habérmelo pedido, si le hacía falta, que no se lo hubiera negado.

CASTA Sí, sí; pedir él, que tiene más orgullo que don Rodrigo en la horca.

VENT. Pues, lo siento mucho, porque pensaba hacer unas visitas y ya no puedo... Me ha fastidiado el hombre.

CASTA Cuando venga, yo le diré lo que merece. Ya sabe usted que no me muerdo la lengua...

VENT. Y hace usted bien, porque se haría daño.

CASTA Encima de deberme dos meses de pupilaje atreverse á...

VENT. No hay que tomarlo tan á pechos...

CASTA Envidio el caracter de usted. (Campanillazo.)

VENT. ¿Y qué consigo con incomodarme? Se quedarán las visitas para otro día. (Entra en su cuarto.)

PÉREZ ¡Allá voy! (Otro campanillazo.)

CASTA ¡No traen poca prisa! ¡Qué barbaridad! (Otro campanillazo.)

ESCENA XV

DICHOS y luego PEREZ y DAVID, que trae en la mano la lista de la lotería; luego DON VENTURA. Luego TECLA

DAVID ¡Tecla! ¡Doña Casta! ¡Pérez!

CASTA ¿Qué hay?

TECLA ¿Qué es eso?

VENT. ¿Qué pasa?

DAVID (Que entra jadeante y se deja caer sobre una silla.) ¡Ay! Agua. ¡Que me ahogo! ¡Agua!

CASTA ¿Qué sucede?

PÉREZ ¿Pero qué es esto?

TECLA ¡Bebe! ¡Bebe! (Dándole un vaso de agua.)

DAVID ¡El gordo! ¡El gordo! ¡Véanlo ustedes ahí! ¡El cuatro mil *pelao!* (Presentando la lista.) ¡El mío!

TECLA ¡Cómo!

CASTA ¡Qué dice usted!

PÉREZ ¡A ver! Sí; en Madrid, primer premio el cuatro mil. (Leyendo la lista.)

CASTA ¿Bien, pero qué?

DAVID ¡Ese, ese! ¡Lo compré anoche! ¡Me ha tocado!

TECLA ¿Es posible?

CASTA ¿Cuánto?

DAVID Diez mil duros.

CASTA ¡María santísima! Beba usted, hombre, beba usted. (Cogiendo el vaso que tiene Tecla.)

PÉREZ ¿Pero está usté seguro?

VENT. No sea una equivocación...

DAVID Estoy segurísimo. Ahí dentro tengo el décimo.

PÉREZ A buscarlo.

CASTA A verlo.

PÉREZ ¿Dónde está?

DAVID ¡Yo no tengo fuerzas! Ahí: en el chaleco blanco.

CASTA Entra y sácalo, anda.

PÉREZ (Echa á correr y se detiene de pronto.) ¡Ah!

TODOS (Alterados.) ¿Qué?

PÉREZ ¡En el chaleco blanco!

DAVID ¡Sí! Estoy seguro. (Levantándose.)

PÉREZ En el que estaba sobre una silla. (Deteniéndole.)

DAVID ¡Sí! En uno que tiene una mancha de tinta... por eso no me lo puse.

PÉREZ ¡Lo eché á la ropa sucia y se lo llevó la lavandera! (Cae sin fuerzas sobre una silla.)

TODOS ¡Ah!

DAVID ¡Dios mío! (Entra en su cuarto y sale al momento.)

TECLA ¡Bebe, papá, bebe!

CASTA (Amenazando á Pérez.) ¡Este hombre merece que lo maten! Diez mil duros.

DAVID ¡No está, no está! (Saliendo.)

PÉREZ ¡Qué ha de estar, si lo cogí yo mismo! ¡Como ví que estaba manchado!...

DAVID ¡Me ha asesinado usted!

CASTA Corramos en busca de la lavandera; quizá sea tiempo todavía.

TECLA Sí, corramos...

PÉREZ ¿Tú sabes dónde lava?

CASTA Yo no.

DAVID En su casa nos lo dirán.

PÉREZ ¿Dónde vive?
CASTA ¡Calvario! 26, duplicado.
DAVID ¡Vamos al Calvario!
PÉREZ Sin perder tiempo.
CASTA Sí, todos, vamos todos.
VENT. Pero... (Le rodean todos con mucho interés.)
TODOS ¿Qué?
VENT. ¿No almorzaremos antes?
CASTA Déjenos usted de almorzar, hombre.
TECLA Vamos á buscar á Rosa.
DAVID Vamos á buscar el décimo.
VENT. Vaya, pues vamos.
(Mientras cantan van de un lado á otro buscando las mantillas y los sombreros que se ponen precipitadamente.)

Música

DAVID
Vamos presto, vamos pronto,
es preciso averiguar
si han echado á la colada
toda mi felicidad.

—

TECLA
CASTA
PÉREZ
VENT.
Indaguemos, preguntemos,
ya no hay tiempo que perder;
el chaleco de este joven
que parezca es menester.

—

DAVID
¡Décimo mío,
corro á salvarte!
en tí mi suerte
cifrada está;
corro en tu busca
si logro hallarte,
el premio gordo
mío será.

—

TODOS
Vamos presto, vamos pronto,
es preciso averiguar, etc.
(Vanse rápidamente.)

INTERMEDIO

Telón corto que representa el interior de un portal.—La escalera principal al foro.—A la izquierda la portería, con cierre de cristales.—La entrada de la calle á la derecha.

ESCENA XVI

DOÑA CASTA, TECLA, DAVID, PEREZ y DON VENTURA, luego el PORTERO

Hablado

PÉREZ — Veintiseis duplicado: aquí es. (Dentro.)

CASTA — Entremos.

DAVID — ¡Portera!

CASTA — ¡Portera!

TECLA — ¡Portera!

VENT. — ¡Portera!

DAVID — ¡Portera!

PORT. — (Saliendo.) ¿Pero, qué es esto? ¿Qué quieren ustedes?

DAVID — ¿Vive en esta casa una lavandera que se llama Rosa?

PORT. — ¡Qué barbaridad! ¿Y pá preguntar eso arman ustedes tanto escándalo? (Saca tabaco picado y papel, y empieza á liar un cigarrillo con muchísima calma.)

CASTA — Conteste usted pronto, hombre.

PÉREZ — Que se trata de un asunto muy grave.

DAVID — ¿Vive aquí ó no? (Muy fuerte.)

PORT. — Sí, señor, aquí vive; y pá eso no hay que darme voces, que no soy sordo.

CASTA — ¿En qué piso?

PORT. — Calma, señora, calma.

TECLA — ¡Hombre, por Dios!

PORT. — Escalera del patio, piso tercero, galería de la izquierda, cuarto número cuatro.

DAVID — ¿Hace usted el favor de venir con nosotros, porque no vamos á recordar?...

PORT. — Excusan molestarse, no está en casa.

CASTA Lo suponíamos, pero habrá alguien á quién preguntar...

PORT. No hay naide, porque su esposo, que es albañil, se fué á la obra y ella está en el río. Como que es día de lavar...

DAVID ¿Y á qué lavadero va? ¿Usted lo sabe?

PORT. Como saberlo... sí que lo sé.

CASTA Pues, dígalo usted, vamos.

DAVID Tome usted dos pesetas, y dígalo pronto.

PORT. Muchas gracias. Pues... (Le escuchan con gran interés todos.) ¿Serán buenas? (Haciéndolas sonar en el suelo.)

DAVID Sí, hombre, sí.

PORT. Pues diré á ustés... ella antes lavaba en el lavadero Imperial, allá, saliendo de la puerta de Toledo, hacia la derecha, tirando al río...

CASTA Bien, pero ahora...

TECLA Sí, ¿ahora, dónde?

PORT. Pus tuvo allí una custión con una ayudanta, y dijo... dice: yo no sigo lavando aquí.

PEREZ ¿Y á dónde se fué?

CASTA (¡Este hombre me quema la sangre!)

PORT. Pus verán ustés. Estuvo dudando si la convenía dirse á otro lavadero cubierto, ó lavar en el Manzanares... y en estas dudas... (Acaba de liar el cigarrillo y se lo pone en la boca.)

TODOS ¿Qué?...

PORT. ¿Me dan ustés un fosforito?

LOS TRES Sí, hombre, sí. (Encienden á un tiempo y muy deprisa, cada uno un fósforo, don Ventura, Pérez y David, y se lo presentan al Portero.) Tome usted.

PORT. No quisiera despreciar á ninguno de ustés... (Riéndose, y sin coger ningún fósforo.)

DAVID ¡Por las once mil vírgenes, encienda usted pronto!

CASTA Y díganos dónde demonios lava esa mujer.

PORT. A eso voy. (Después de encender.)

TECLA Nos interesa mucho saberlo con urgencia.

PORT. Ya se conoce, ya. (Pausa.) Pus, miren ustés; ella lava en el río; pero á punto fijo, yo no puedo asegurarles dónde.

PEREZ ¡Ahora salimos con eso!

DAVID Hombre... me dan ganas de...

PORT. ¡Toma! Pus ya les digo á ustés dónde lava; ¡yo que sé si se pone en un sitio ú en otro!

DAVID ¡No es posible que esperemos más! (Rapidísimo hasta el final.)

CASTA Para ganar tiempo, tomemos dos coches.

DAVID Sí: ustedes van en uno, y Tecla y yo en el otro.

CASTA ¿Qué dice usted, hombre?

DAVID ¡No sé lo que me digo; estoy trastornado!

PEREZ ¡A escape al Manzanares!

VENT. ¡Al río, sin perder momento!

TECLA A recorrerlo todo.

DAVID ¡Desde el nacimiento hasta la desembocadura!

(Vánse rápidamente uno tras otro.)

PORT. (Gritando.) ¡Vayan ustedes con Dios! Pues no van poco apresuraos. Estas dos pesetas deben de ser falsas. Voy á ver si me las pasan en la taberna. (Váse.)

CUADRO SEGUNDO

Orillas del Manzanares.—A la derecha la casa lavadero, con puerta y ventanas.—A la izquierda merendero con rótulo, que dice MERENDERO DEL TÍO PEPE, CALLOS Y CARACOLES.—Una valla de tablas muy espesa de un metro de altura, oculta el río.—Al fondo el tendedero con bastante ropa, y en último término los baños.—A la derecha puente de madera pintada de verde.—A la entrada una gran muestra con este letrero: PASO Á LOS BAÑOS DEL SOL; encima un sol pintado de amarillo.—Dos bancos de madera tosca en escena.—La valla del fondo tiene una entrada de medio metro, por la que se ven dos bancas, una en la orilla de acá, y otra en lá de allá del río, que se supone en lo hondo.—En la banca más próxima, de espaldas al público, lava Rosa.—Las demás lavanderas se suponen detrás de la valla, y hablan y cantan sin qne el público las vea.

ESCENA XVII

CORO de LAVANDERAS. Dentro

Música

Al bajar á las bancas
del Manzanares,

sin querer olvidamos
nuestros pesares.
Páece que el agua
nuestras penitas
lleva corriendo
cuando se vá;
y nos deja la alegría
pá pasar la *vía*,
que es bien *arrastrá*.
(Sigue música en la orquesta.)

Hablado

ROSA ¡Señá Petra! ¡Coja usté esa concha de jabon, que se la lleva el agua!

LAV. 1.ª ¡Ay! Miá un caballero con chistera y tóo. (Atraviesa por el puente, yendo hácia los baños, don Quintín.)

LAV. 2.ª Es verdad; un señor de etiqueta.

ROSA ¿Caballero, quié usté que le lave algo?

MUN. 1.º Orden, señoras, orden y no digan incomenencias á los señores que pasan por el puente.

LAV. 1.ª ¡Ay, la autoriá del monicipio!

TODAS (Gritando.) ¡Que se vaya! ¡Que se vaya! ¡Que se vaya! (Como en los toros cuando piden otro.)

ESCENA XVIII

Dos guardias municipales entran en escena por la abertura de la valla.

MUN. 1.º Está visto, compañero; pa bajar al río las parejas debían componerse lo menos de veinticinco endividuos cada una.

MUN. 2.º ¿Y qué vas á hacer con mujeres?

MUN. 1.º ¡Claro! ¿Qué va uno á hacer con ellas? Lo que hace, y na más que lo que hace. (Vánse por la derecha.)

Musica

LAVAN. (Dentro.) *Pa* sortijas y gracia
las carniceras,
y *pa guasas* y *coba*
las lavanderas.
To el santo día
dale que dale,
á la muñeca
y al paletín;
pero en viendo una chistera
se arma entre nosotras
la de San Quintín.

Hablado

(Pasa la peinadora con un cesto al brazo.)

PEIN. ¡Peinadora! ¿Quién *quié* peinarse por quince céntimos con bandolina?

LAV. 3.ª ¡Peinadora! Venga usté acá, que esta noche tengo riunión en mi casa.

PEIN. Allá voy. (Entra por la valla.)

LAV. 1.ª ¡Compañeras! miray lo que acabo de lavar.

LAV. 2.ª Olé, por las buenas prendas. (Griterío.) ¡Valientes calzoncillos!

LAV. 3.ª Esos merecen que se los pasee.

LAV. 1.ª Sí, sí, al palo.

TODAS ¡Al palo! ¡Al palo! (Gran vocerío dentro.)

ESCENA XIX

El bollero y las lavanderas entran en escena marchando marcialmente, armadas de sus palas y con los brazos arremangados. Una lleva una pértiga alta, con un gancho en el extremo superior y colgados de él por una cinta corta unos calzoncillos blancos, recien lavados pero muy rotos. Deben tener dos remiendos en las perneras por la parte exterior, de tela algo obscura para que se distingan, y otro remiendo en el trasero, con perdón de ustedes.—Al aparecer en escena, los calzoncillos van recogidos contra la pértiga, para lo cual deberán las dos lavanderas que lleven las cintas, como las de los estandartes en las procesiones, colocar juntas las manos hasta que se desplieguen los calzoncillos cuando se marca en la pieza musical.

Música

BOLL. (Que aparece en el puente y se detiene allí con el pregón.) ¡Bollero! ¡Bollero!
¡Venid, lavanderas,
dejad el jabón,
que tengo unos bollos
que son de pistón:
la fina rosquilla
y el buen mantecao,
el bollo de aceite
y el empiñonao!

—

LAVS. Las lavanderas, olé, (Saliendo.)
ya están aquí:
con ellas viene la sal
que hay en Madrí.
Aquí llevamos
al tendedero,
los calzoncillos
de un caballero.

—

BOLL. ¡Bollero! ¡Bollero!

ESCENA XX

DICHOS, los CORNETAS con el CABO al frente, por la derecha

LAVS. ¡Vivan los cornetas!
CORS. ¡Viva la verdá!
¡Vivan las que al río
bajan á lavar!

—

CABO Adiós, Manuela.
UNA Adiós, Manuel.
UN COR. Adiós, Francisca.
OTRA Adiós, Miguel
CABO En cuanto que tocamos
á descansar,

ya véis que sus venimos
á visitar.

LAVS. ¡Viva el salero
del melitar;
qué gracia tiene
para tocar!

CORS. ¿Qué traéis en ese palo,
á manera de pendón?

LAVS. Una cosa que merece
que fijéis vuestra atención.
Aunque paece un estandarte
es tan sólo un pantalón;
pero es cosa de mirarlo
con muchísima atención.

—

(Desplegando de pronto los calzoncillos, para lo cual basta que se separen de la pértiga las dos Lavanderas que los llevan cogidos por las cintas.)

LAVS. Esto son los calzones
de un señorito.

CORS. ¡Ay, qué frío habrá pasado
este invierno el pobrecito!

LAVS. Tiene ventiladores
(Dando la vuelta á los calzoncillos para que quede á la vista del público la parte pósterior.)
por adelante y por detrás.

CORS. ¡Marecita de mi alma
cómo está la sociedá!

LAVS. Cuando los jueves
va una á entregar
toda la ropa
ya bien lavá,
¡cuánta tontería,
cuánta atrocidad
de las parroquianas
tiene que aguantar!
Dice una vieja:
«A este almohadón
le han dado ustedes
poco jabón.»
Y yo algunas veces
les he contestao:

á usté sí que le hace
falta un jabonao.
¡Qué cursilería,
cuánto paripé,
qué ponerse moños
sin tener por qué!

LAVS. / CORS. { Esto son los calzones
etcétera, (Repitiendo el juego de la primera vez.)
cómo está la sociedá.

LAVS. En el río sale
toda la verdad.

TODOS *Pa* las lavanderas
no hay oculto *ná*.

—

CABO Vámonos, muchachos,
vamos al cuartel.

CORS. Vamos cuando guste
nuestro coronel.
(Cuadrándose burlescamente.)

CABO Antes de irme (A las Lavanderas
váis á escuchar
el paso doble que al ir á misa
mi batallon tocando va.
Y ya veréis
cómo se alegra al escucharlo
vuestro corazón.
Atención.

CORO Atención.

CABO Rán, plán, plán, etc.
(Imitando con fuerza el redoble del tambor.)
Ay, qué gusto dá,
qué bonito es
ver formar, ver salir
á la tropa del cuartel.
Cuando al son
del rataplán
el soldao
marchando va,
de placer
y de ilusión
lleno va
su corazón

Y al marchar por esas calles
con marcialidad,
la mitad de las criadas
dejan de fregar.
Echan á correr,
salen al balcón
para ver pasar
nuestro batallón.

TODOS — Cuando al son, etc.

—

CABO — Batallón, firmes, derecha, ¡march! (Vanse.)

LAVS. — Vamos á las bancas,
que hay que trabajar
y tenemos mucha
ropa que lavar.

BOLL. — ¡El bollero! (Dentro y léjos.)

TODOS — (Apareciendo de pronto por donde han salido.)
¡Tararí! ¡Tararí!
¡Rataplán! ¡Rataplán!
(Vanse rápidísimamente.)

ESCENA XXI

EL TÍO PEPE; ROSA, lavando en la banca

PEPE — ¡Anda, demonio! Paece metira que tengan gana de divertirse, trabajando tóo el día como negras. (Rosa, que ha dejado de lavar y coge dos grandes talegos, se acerca al señor Pepe.) ¿Qué es eso? ¿No vas tú también con las del rataplán?

ROSA — Déjeme usté á mí de belenes. No estoy yo pá esos jaleos. A mi lavao y se acabó. ¿Están encendías las calderas?

PEPE — Ya dejo hirviendo el agua

ROSA — Pues voy á meter tóo esto.

PEPE — Anda con Dios. (Rosa entra en el lavadero y en el merendero Pape.)

ESCENA XII

DOÑA CASTA, TECLA, DAVID, PÉREZ y DON VENTURA
por la izquierda

CASTA ¡Ay! No puedo más. (Sentándose.)
TECLA ¡Yo estoy rendida de calor! (Idem.)
VENT. ¡Yo estoy muerto de hambre! (Idem.)
PÉREZ Yo no sé cómo estoy. (Idem.)
CASTA Descansemos aquí un rato, mientras usted sigue buscando por ahí.
DAVID Sí, yo no puedo descansar ni perder un momento.
CASTA ¿Dónde demonios lavará esa mujer?
VENT. ¡Caracoles! (Mirando el rótulo del merendero.)
TODOS ¿Qué? (Levantándose.)
VENT. Que hay caracoles y callos. Yo aquí me meto á tomar un bocadillo. ¿Ustedes gustan?
CASTA ¡Para comer estamos nosotros!
VENT. Pues yo sí.
PÉREZ Y yo también, pero... (Mirando á doña Casta.)
VENT. (¡A mí qué me importa, al fin y al cabo, que parezca ó no el tal billete! Tomaré unos caracolitos.) A ver. ¡Mozo! (Entra en el merendero.)

ESCENA XIII

DICHOS menos DON VENTURA. Luego el TIO PEPE

DAVID Voy á recorrer lo poco que falta del río... Espérenme ustedes aquí.
CASTA Pregunte usted antes ahí dentro, por si acaso.
DAVID Es verdad. (Al dirigirse al merendero, sale el Tío Pepe con unas botellas.) Diga usted, ¿lava por aquí una que se llama Rosa, que vive en la calle del Calvario?
PEPE Sí, señor.
TODOS ¡Ah! (Poniéndose en pie.)
PEPE Allí sale. (Se dirigen hacia Rosa. El Tío Pepe entra en el merendero.)

ESCENA XIV

DICHOS y ROSA, que sale de la casa

CASTA ¡Rosa!

DAVID ¡Ella!

PÉREZ ¡Por fin! (Rodeándola con impaciencia.)

ROSA ¿Qué es esto? ¿Ustés por acá?

DAVID Rosa, Rosa... ¡Ay, no me atrevo á preguntarle!

ROSA ¿Sucede alguna desgracia?

DAVID Todavía no lo sabemos. (Con gran agitación hasta el final de la escena.)

CASTA Vamos á ver. ¿Ha lavado usted la ropa que se llevó de casa?

ROSA ¡Pus, claro!

TODOS ¡Ay!...

ROSA ¡Figúrese usted, á estas horas! ¡Ya está en la legía!

CASTA ¿Toda?

ROSA Toda.

TODOS ¡Ah!... (Con desaliento.)

DAVID Habrá usted lavado un chaleco blanco, ¿verdad?

ROSA He lavao cuatro, y bien restregaos que van.

DAVID ¡Adiós mi fortuna! (Cayendo sobre el banco.)

TECLA ¡Adiós mis esperanzas! (Idem.)

PÉREZ ¡Adiós mi dinero!

CASTA ¿Y no sería posible sacar ese chaleco de la legía?

ROSA ¡Quiá! Si la colá tiene que estar cociendo hasta mañana, y tóo está junto.

DAVID ¡Mis diez mil duros cocidos!

ROSA Pero, ¿quién ustés decirme...?

PÉREZ ¿No pedías para la ropa mucha colada? Anda, toma colada, toma colada. (A doña Casta.)

DAVID ¡Mañana estará el décimo hecho papilla!

ROSA (Acercándose á Tecla.) Señorita, explíqueme usted... (Tecla habla con ella en voz baja.)

DAVID ¡Ay, doña Casta, doña Casta, qué desgraciado soy!

CASTA Mucho, mucho; por eso no piense usted en casarse con mi hija.

DAVID Ese sería mi único consuuelo. Daba por bien perdidos los diez mil duros, con tal de ser su esposo.

PÉREZ ¡Oh, generoso joven! ¡Lo que puede el amor... ó La pata de cabra!

ROSA (A David.) ¡Válgame Dios! ¡Cómo había yo de figurarme lo que tenía el chaleco! Usté me perdonará; pero como yo no registro los bolsillos...

DAVID Déjeme usted en paz, mujer, déjeme usted en paz.

CASTA Ea, esto se acabó. Pérez, todo el mundo á casa; y basta de llanto, niña, que vas á llamar la atención. ¡Calle! ¿don Quintín? Viene sin duda del baño. ¡Don Quintín!

ESCENA ULTIMA

DICHOS y DON QUINTIN, que viene por el puente, luego DON VENTURA

QUIN. ¡Doña Casta! ¡Ustedes aquí!

CASTA ¿No sabe usted lo que ha pasado?

QUIN. Lo que ha pasado es lo que no puede pasar. Volví á casa con objeto de ponerme otro traje más propio para el baño, y como no encontré allí á nadie, tuve que venir así y me han zumbado las lavanderas al verme con sombrero de copa y levita.

VENT. (Que ha salido del merendero, con la boca llena, y ha oído las últimas palabras.) A propósito de levita, señor don Quintín...

QUIN. ¡Ah!... Usted también...

VENT. (Con mucha amabilidad.) Sí, señor, yo, que me permito rogar á usted que en lo sucesivo me haga el obsequio de no usar mis prendas de vestir, sin pedirme permiso para ello.

QUIN. ¡Usted me ofende! Esas palabras...

VENT. ¡Hombre; me parece que más suaves!... (Pérez se interpone.)

QUIN. Me dará usted una satisfacción.

VENT. Bueno; pero déme usted antes mi levita, que sin duda, lleva usted puesta.

QUIN. Puesta la llevo. ¡Felizmente ya no necesito esta clase de favores! ¡Me han empleado en la Aduana de Puerto Rico y podré tener levitas mías, no como ésta, sin duda hecha en la calle de la Cruz! (Quitándose el gabán, y luego la levita.) ¡Vaya unas solapas! No tiene usted la culpa, sino yo, que he tenido la poca aprensión de ponérmela. (Le arroja la prenda, que recoge don Ventura.)

VENT. (A Pérez.) Sí que ha sido poca aprensión.

QUIN. Ahí tiene usted su levita, y buen provecho le haga. (Al volverse hacia David para ponerse el gabán, aquél repara en el chaleco blanco de don Quintín, que tiene una mancha pequeña de tinta sobre el bolsillo derecho.)

DAVID ¡Ah!... ¡Esa mancha de tinta!... ¡Mi chaleco!... (Arrojándose sobre don Quintín.)

TODOS ¡Cómo!

DAVID ¡Es el mío! (Le rodean todos con ansiedad. David procura meter la mano en el bolsillo derecho.)

QUIN. (Defendiéndose contra el ataque de todos.) Sí, hombre, sí; pero déjenme ustedes. Yo se le daré ahora... ¡Que me hace usted cosquillas!

DAVID ¡Aquí está, aquí está el décimo! ¡Intacto! ¡Intacto! (Enseñándolo.)

QUIN. ¿Qué es esto?

TECLA ¡Qué alegría!

DAVID (Sacando el billete.) ¡El cuatro mil pelao! Véanlo ustedes.

QUIN. Pero, ¿qué es eso?

PÉREZ ¡Diez mil duros!

DAVID ¡Don Quintín, venga un abrazo! (Abrazándole.)

CASTA ¡Le ha hecho usted rico! (Idem.)

VENT. ¡Le ha hecho usted feliz, llevándose el chaleco!

DAVID Yo voy á morirme de alegría.

CASTA Hombre, no; no se muera usted hasta que se case con Tecla.

DAVID Doña Casta, me hace usted dichoso. (Se dispone á abrazarla y de pronto se vuelve á Tecla y abraza á ésta.) ¡Tecla!...

TECLA ¡David!...

DAVID (Gritando.) ¡A ver, que vengan aquí todos! ¡Lavanderas... lavanderas!

ROSA — Venir acá, venir acá. (Desde la valla.)

DAVID — Quiero convidar á todo el mundo.

LAV. 1.ª / LAV. 2.ª — ¿Qué es esto? ¿Qué pasa aquí?

ROSA — Ese señorito nos convida. Le ha tocao el premio gordo.

DAVID — ¡Al merendero! ¡Al merendero!

LAV. 1.ª — ¡Viva el señorito!

TODAS — ¡Viva!

PÉREZ — (A don Quintín.) Vamos, don Quintín.

QUIN. — Hombre, así, de sombrero de copa...

PÉREZ — Ocupará usted la presidencia.

QUIN. — En ese caso, acepto.

LAV. 1.ª — ¡Viva el gordo!

TODAS — ¡Viva!

VENT. — ¡Gracias, hijas mías, gracias!

FIN

POLICE